

PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MAS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea.
Más allá de los mundos que parecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

NUESTRO MÉTODO CIENTÍFICO

En un artículo que publicó «PHILADELPHIA» correspondiente á junio del presente año, procurando establecer, clara y precisamente, cual es el objeto de nuestra filosofía, encontraba que dicho objeto era, y no podía ser otro que la adquisición de una ética superior; establecía que el principio de la sabiduría suprema estaba en tener el bien por resultante de los conocimientos adquiridos, y concluía de aquí que la conquista de la verdad hace, necesariamente, más felices á los hombres.

Definido el objeto de la filosofía que sostenemos, queda por establecer cuál es el método científico que usamos para controlar las afirmaciones de aquella, pues empezando la teosofía por sentar un principio indiscutido como objetivo de sus especulaciones filosóficas, los hechos no deben ser sino un control de ese principio, y de ninguna manera sus bases.

Afirmaba que ese principio era, en teosofía, el bien, y formulaba mi afirmación de la siguiente manera:

«Tratándose de llegar á un objeto, cuanto más indiscutido sea éste, » es decir, cuanto más fijo esté, tanto mejor será nuestro rumbo. » Ahora bien, la verdad es discutida, porque no se tiene una noción, » siquiera aproximada, de lo que es la suma verdad. La belleza es » también discutida por igual causa. En cambio, es conocido el sumo » bien que sea posible ejecutar sobre la tierra, y este conocimiento » puede formularse así el sacrificio constante y completo del indi- » viduo en bien de sus semejantes. El sacrificio completo está deter- » minado por la suma de dicha á que se debe renunciar en cualquier » momento para ejecutarlo; y el sacrificio constante, por el hecho de » no haber dejado de ejecutarlo jamás. Se trata, pues, de hechos, » cosa que no sucede ni con la verdad, ni con la belleza; y partiendo

Nuestro método científico, parte igualmente de lo general; es, desde este punto de vista, enteramente geométrico. Así como la geometría empieza por afirmar el punto matemático, que es un concepto metafísico, nuestro método comienza por afirmar el espacio, que lo es también, y la forma que es una realidad condicional, pero indispensable para formarse un concepto de la materia. Averigua, en seguida, cual es la condición esencial para que la idea del espacio se manifieste al espíritu, y hace igual cosa con la forma; es decir, busca qué es lo que ambas manifestaciones tienen de indiscutido, para hacer de ellas su base. En cuanto al espacio, su condición esencial es clara desde el primer momento, y se formula así: el espacio tiene tres dimensiones. Esto, para la percepción humana, es indiscutido, lo mismo en la mente del salvaje más degradado que en la del hombre civilizado más superior. Cosa análoga sucede con la forma. La condición esencial para que se manifieste la noción de la forma en un espíritu cualquiera, es que la materia posea cuatro caras por lo menos. Esto es tan indiscutido é indelocalizable de la mente como lo anterior.

Tenemos, pues, dos puntos fijos en el problema de la percepción, y podemos establecer en absoluto que: (*a*—de cualquier modo que se conciba al espacio, éste poseerá, siempre, tres dimensiones; y que (*b*—de cualquier modo que se conciba la forma, ésta tendrá siempre cuatro lados cuando menos. Ahora bien, toda la cuestión científica, reposa en la averiguación de leyes, lo más generales posibles, que den la razón de cómo existen las cosas. El porqué y para qué existen es del dominio de la filosofía. Para averiguar el cómo existen las cosas, es necesario descubrir las relaciones que hay entre cada una de ellas; las que tiene cada cosa respecto á las demás; y las que posee cada parte de cada cosa respecto á las otras partes de la misma; estableciendo, por último, la ley general á que esas relaciones están sujetas. Ahora bien, todas las modificaciones de las cosas, no son sino acomodaciones en el espacio que ocupan; pues los fenómenos todos, radican en meros cambios de posición de los átomos; son resultantes de las diversas orientaciones en que éstos se encuentran respecto á una posición primitiva, cuya estabilidad condicional se toma como base, para constatar las diferencias de cualidad á que llamamos fenómenos.

Pero las cosas son únicamente aspectos de una sola: la materia; de modo que el problema se simplifica, y ya no queda por averiguar sino la ley que rige á la materia en sus diversas manifestaciones.

Si conforme al método científico moderno, se pretende inducir esta ley general y única del estudio de cada cosa, por separado, hay que renunciar inmediatamente á ello. Porque para realizarlo, sería me-

riamente una forma y estará relacionada con el espacio, exactamente como el mayor agregado posible de la misma; y así tenemos que la ley fundamental del fenómeno es que la materia ha de asumir para nosotros, en todo caso, siete aspectos fundamentales. Estos aspectos, apresúranse á hacerlo constar, son las propiedades mismas de la materia, pues dependiendo el conocimiento de estas propiedades, de nuestros diversos modos de percepción, es decir de nuestros sentidos, y siendo aquellos aspectos resultantes de nuestra percepción, claro está que unos y otros son sinónimos. La materia no tiene para nosotros otras propiedades que las que podemos percibir, ni otros aspectos que aquellos susceptibles de ser constatados por nuestra propia percepción.

Como cada uno de estos aspectos es una modificación de la materia, resulta que, cada uno también, ha de subdividirse septenariamente, viniendo á ser así el Universo una inmensa cadena de septenarios relacionados entre sí, desde la primera subdivisión de la septena primordial hasta la del último átomo evolucionado.

Concretemos. El problema científico consiste en encontrar una base segura de investigación. Esa base tiene que ser la ley general de la percepción de los fenómenos. El fenómeno es la modificación de las relaciones existentes, en un momento dado, entre la forma y el espacio. La suma de la condición esencial de la intelección del espacio, con la condición esencial de la intelección de la forma, nos dará, una vez conocidas ambas, la ley fundamental del fenómeno en el Universo. Y el Universo es un conjunto de fenómenos, es decir una serie armónica de relaciones entre la forma y el espacio. Sabemos ya cuales son las condiciones esenciales de la intelección de estos, y podemos formularlas por medio de números. Luego, una vez verificada la suma antedicha, tenemos que la ley fundamental de la percepción de los fenómenos es que: en cualquier momento, estado y cantidad que se la considere, la materia posee siete propiedades fundamentales, y asume siete aspectos para la percepción.

Esta combinación de ilusión (la forma) y realidad (el espacio) que asumen para nosotros los fenómenos, hacen que nuestras investigaciones no tengan solamente por objeto controlar la ley anteriormente formulada, sino también, y esto es muy importante, disociar los mencionados componentes, para llegar á la realidad esencial, en que las condiciones de la forma y el espacio ya no significan nada, por encontrarse resumidas en la unidad que las originó, por intraevolución de sí misma. Reducir el septenario á la unidad es el verdadero trabajo del ocultista.

Para un metafísico superior, el trabajo de control de la ley de

percepción de los fenómenos no es absolutamente necesario. Le basta con poseer el conocimiento de la ley, con saberla indiscutida ante la razón. Su verdadero objeto consiste en despojar al fenómeno de su elemento ilusorio, para alcanzar, por tal medio, la realidad. Con este método, que consiste en la abstracción progresiva de los elementos materiales que concurren á la manifestación de los fenómenos, se reduce á estos hasta encontrarse con uno solo: la vida; y cuando también se ha abstraído de este último los elementos materiales, el sábio ha reconstituido la unidad primordial, que es la negación de la ilusión fenomenal á que llamamos Universo. Universo, *uno en muchos* como su nombre lo indica, se convierte, por esa abstracción progresiva de las ilusiones fenomenales, en el noúmeno inmanifestado, el Sér, el *uno en sí mismo* que es la suprema realidad.

Pero descendamos de estas especulaciones.

Toda la cuestión del fenómeno se reduce á un cambio de posición. Tomemos, por ejemplo, un átomo en una posición x ; por la intervención de una fuerza ó de un agente químico, el átomo adopta la posición z . Inmediatamente los otros átomos que estén relacionados con el nuestro, experimentarán una variación en sus posiciones relativas, y tendremos que se habrá producido un fenómeno en el agregado total de átomos. Ahora, como la posición x de los átomos asumiría necesariamente una forma, la posición z , que es una variación respecto á la primera, implicará necesariamente un cambio de forma. Este cambio de forma, será un nuevo aspecto del agregado de átomos, que nos manifestará una nueva propiedad del mismo, es decir un fenómeno. Pero nuestro átomo no habrá podido cambiar de posición sin afectar al espacio que ocupa, puesto que las formas no son sino adaptaciones de la materia al espacio, y como no podemos suponer un solo punto del espacio sin materia, ni un solo átomo de materia sin forma,—pues ésta es condición esencial de la intelección de aquella,—resulta que la combinación de la forma y el espacio es lo que constituye el fenómeno.

No hay en esto, como se vé, ninguna suposición, ninguna afirmación *a priorista*. Las condiciones esenciales para la intelección del espacio y de la materia, son convicciones indesalojables del espíritu, reductibles á valores matemáticos: son, pues, indiscutidas. Ahora, como la percepción del fenómeno, depende, según creo haber demostrado, de la combinación de aquellas dos entidades, la intelección del mismo ha de estar determinada por el conocimiento que se tenga de las condiciones esenciales de la intelección de ambas. Puesto que estas condiciones son reductibles á valores matemáticos, la suma de tales valores ha de ser la condición esencial de la intelección del fenómeno. Por eso afirmamos y sostenemos que

en todo fenómeno hay una séptuple manifestación de la materia.

Siendo ello así, síguese directamente que la materia ha de asumir en todo caso siete aspectos fundamentales, según se ha dicho, dándonos esto la clave matemática de la constitución del Universo. Conocida esta ley fundamental de intelección, queda por formular la consecuencia que de ella se desprende, en forma de otra ley de aplicación al estudio de los fenómenos: en una palabra, nuestro método científico.

Ese método tiene por base la analogía. Lo que está arriba es como lo que está abajo, afirma. Y ello resulta de una esplendente evidencia, cuando se sabe que en cualquier condición y estado, la materia debe asumir, necesariamente, siete aspectos fundamentales. Descubiertos esos siete aspectos, en cualquier estado y condición de la materia, la prosecución de las investigaciones es una pura cuestión de lógica. El secreto de la constitución del Universo está en cualquier parte del mismo, pues tenemos ya averiguado que cualquier fenómeno está constituido por la combinación del espacio y la forma. Medir y percibir son los dos objetos capitales de la ciencia: el cómo de las cosas. El espacio posee la condición esencial de lo primero, y de lo segundo la forma. La combinación de ambas condiciones, nos da la condición esencial de la percepción racional del fenómeno, mejor dicho, de su intelección. El principio indiscutido que buscábamos está encontrado, y ya no resta sino aplicarlo por medio de la Ley de Analogía, que es el resultado del conocimiento que tenemos de la Ley fundamental del Universo.

Pero aún hay algo más importante que hacer notar, para agotar la cuestión: la Ley de Analogía viene á ser, una vez descubierto el principio fundamental en que descansa la intelección del fenómeno, el método científico mismo. Y aún en el supuesto de un espacio que poseyese más, ó menos de tres dimensiones, y de una forma que tuviera más, ó menos de cuatro caras como *mínimum* necesario para su intelección, lo que variaría sería la suma total que dá la ley de existencia de la materia; mientras que la Ley de Analogía, continuaría siendo la misma.

La ciencia ha empezado ya á aplicar esta ley con resultados harto conocidos, sobre todo en los ramos nuevos, como la Sociología, donde Spencer ha profundizado con ella el problema mismo de la constitución de las sociedades. Darwin habíala usado también en sus magníficos estudios sobre la historia natural; y no es necesario decir hasta que punto es significativa esta aplicación de la Ley, por los dos espíritus indiscutiblemente más vastos y profundos de la ciencia contemporánea. Esta empieza, pues, en la práctica por lo menos, á aplicar el método científico de la antigüedad, aunque

cohibida por su culto del hecho constatado, que es, en resumen, el culto de los sentidos. Pero los sentidos inducen en error á cada instante, ó, por lo menos, proporcionan según su relación con los hechos, varios criterios de verdad, desde que el de la visión, por ejemplo, percibe los objetos según la relación de distancia en que con ellos se encuentra, viniendo así á apreciar la forma y el tamaño de los mismos por una serie de ilusiones de óptica, cuyos puntos inicial y terminal son desconocidos. ¿Los mismos instrumentos que intensifican la visión, no están demostrándonos, con su propio uso, que la misma visión normal es una pura ilusión de óptica, determinada simplemente por la distancia? Y entonces, si el hecho constatado, es decir, el testimonio de los sentidos, puede darnos, según las relaciones de estos con los hechos, varios criterios de verdad, ¿dónde está el criterio único de verdad que con semejante método pretende encontrar la ciencia positiva? ¿Se invocará la universalidad del testimonio prestado por los sentidos? Pero entonces la tierra no se movería y la bóveda azul del firmamento sería una realidad. ¿Se preferiría ese mismo testimonio corregido por instrumentos perfeccionados? Pero entonces el criterio de verdad proporcionado por los sentidos sería condicional de una perfección mayor, que nos demostraría ser ilusorio el testimonio anterior, así como éste lo había hecho con el primero. Hay, pues, que buscar principios indiscutidos y comunes á todos los estados intelectuales, *vr. gr.* la unidad, el espacio, el punto matemático, la forma. En esto no hay hechos demostrados, es decir sujetos al variable testimonio de los sentidos; hay verdades indiscutidas é indiscutibles. Desde el punto de vista del método positivo, la misma ley de la evolución escapa á la expresión matemática, y no se impone por lo tanto al espíritu con un carácter de completa exactitud. Desde nuestro punto de vista, la referida ley tiene expresión matemática, puesto que es una serie de reducciones del septenario al ternario, del fenómeno el nómeno, de lo mental á lo intelectual, de la materia al puro espíritu. El Universo, decimos, es una cadena de septenarios generados unos por otros, y de aquí resulta su armonía. Ahora bien, quien dice armonía dice unidad y quien dice unidad, sea ella de conducta, de movimiento, ó de existencia, dice ley. La ley de existencia del universo, es, como hemos visto, la manifestación septenaria de la materia en cualquier condición, y su consiguiente es la ley de analogía, base de nuestro método científico.

La ciencia, he dicho, empieza á aplicar esa ley, y me atrevo á augurar que, poco á poco, irá generalizándola, hasta convertirla, de un mero recurso que es hoy, en la base capital de sus investigaciones. Llegará empíricamente á este punto, y entonces, necesi-

tando formular racionalmente el principio, tendrá que encontrarse, forzosamente, en plena especulación metafísica. Constatará que los únicos principios indiscutidos son los metafísicos, y se convencerá de que las únicas concepciones indiscutidas y universales de la realidad, son las concepciones metafísicas.

Por otra parte, esa misma ley septenaria fundada sobre conceptos, y por lo tanto tan hipotética en apariencia, tiene ya algunas constataciones sorprendentes. Podría decirse que no hay actualmente un solo ramo del saber humano que no posea su fenómeno septenario fundamental. La óptica y la acústica en física, nos presentan la división septenaria, en la escala musical y en el espectro, cuyas notas y colores respectivos, son proporciones numéricas de movimiento. Permítaseme que haga notar en la constitución septenaria del espectro, dos circunstancias curiosas: 1.^a que el resumen de sus colores es el blanco, la unidad de donde todos parten y á donde todos regresan, y cuya cualidad esencial es negativa, pues el blanco es el no-color; y 2.^a que el espectro está compuesto por *tres* colores fundamentales y cuatro complementarios. En teosofía se dice que la realidad del *Sér* solo puede expresarse por cualidades negativas, y que su manifestación séptuple está compuesto por una triada fundamental y una tetrada complementaria. El fenómeno de la luz nos presenta, así, una evidencia relativamente clara de esto.

Los rayos ultra-violetas, que vienen á ser la *octava* del septenario ó escala luminosa, representan un valor intermedio entre ésta y una segunda, que debe de existir, (aunque todavía no está descubierta) con propiedades distintas, pues los mencionados rayos ultra-violetas se llaman también rayos químicos; en esta región poco explorada, se encuentra la luz negra de Roëntgen, que es seguramente, el análogo contrario de la luz blanca, y el origen y resumen, á su vez, de una serie septenaria de fluidos

La química en la ordenación de los átomos que forman los cuerpos, nos dice que la variedad de composición de éstos, dependen de relaciones numéricas de los pesos atómicos, en cinco grupos á lo menos; y partiendo del hidrógeno, nos dá cinco series septenarias completas. Prolongando estas series hasta la decena, encontramos que en todos aquellos cinco grupos, los números 9 ó 10 de la serie están ocupados por cuerpos, pero el 8 jamás, indudablemente porque siendo la *octava* de la escala química, como las de las otras, un valor intermedio entre ellas, su peso atómico se encuentra dividido entre el del último cuerpo de la primera y el del primero de la segunda, dificultando así su especificación.

Por otra parte, Crookes enumera siete grupos de atomicidades dominantes en la materia primordial, ó *Prottylo* según él la llama,

partiendo del litio como inicial de la primera, hasta el postrero de la última, el bismuto. Y como la química reconoce *catorce* grupos de átomos primitivos, desde el litio al cloro, el sábio inglés enumera esta segunda serie septenaria, desde el aluminio, y agrega que, cerca del eje neutral, se encuentra una posición natural para los tres grupos de cuerpos simples, relegados, dice, por el profesor Mendeleeff, á una especie de Hospital de Incurables—su octava familia. Siempre la *octava*, figurando como valor intermedio, y afectada según se vé, de indescifrable vaguedad.

Añadiré además para agregar otros elementos de información— aunque no se me oculta la deficiencia y obscuridad de estos datos forzosamente truncos—añadiré, decía, que el prof. Emerson Reynolds, de Dublin, (1) señala que en cada período, las propiedades generales de los cuerpos simples varían unas de otras con regularidad aproximada, hasta alcanzar el *séptimo miembro*, que está en contraste más ó menos señalado con el primer cuerpo simple del mismo período, igualmente que con el primero del que le sigue.

Entrando en otro orden de ideas, nos encontramos con que, muchas religiones, fijan los *siete* años como el principio de la edad de la razón en el hombre; que los *catorce* años, ó sea el duplo de aquella edad es la época media de la pubertad en los sexos, y por último que los veintiún años es la edad generalmente fijada por los códigos para el ejercicio de la libertad civil. La psicología y la fisiología concurren, como se vé, á la confirmación de nuestra ley. Ya veremos más adelante como ésta última nos ofrece algunos datos sorprendentes. De la primera no puede esperarse mucho, porque es todavía una ciencia en formación, pero la fijación de los veintiún años, antes citada, aun siendo empírica, tiene un gran valor, por venir de la experiencia de los pueblos que la han acogido en sus legislaciones.

La biología nos enseña que los organismos se renuevan cada siete años por término medio, y nos dice con H. Grattan Guinness (2) que «el nacimiento, desarrollo, madurez y funciones vitales, revoluciones saludables de la variación, enfermedades, decadencia y muerte de insectos, reptiles, peces, aves y mamíferos, y hasta del hombre, están mas ó menos dirigidos por una ley de *complemento en semanas*» (períodos septenarios.)

Darwin ha constatado que es un hecho misterioso, que muchos procesos normales y anormales en los vertebrados superiores, como ser la duración de las fiebres, la gestación de los mamíferos, tienen

(1) Cit. Crooke.

(2) *Approching End of the Age*, p. 258.

partiendo del litio como inicial de la primera, hasta el postrero de la última, el bismuto. Y como la química reconoce *catorce* grupos de átomos primitivos, desde el litio al cloro, el sábio inglés enumera esta segunda serie septenaria, desde el aluminio, y agrega que, cerca del eje neutral, se encuentra una posición natural para los tres grupos de cuerpos simples, relegados, dice, por el profesor Mendeleeff, á una especie de Hospital de Incurables—su octava familia. Siempre la *octava*, figurando como valor intermedio, y afectada según se vé, de indescifrable vaguedad.

Añadiré además para agregar otros elementos de información—aunque no se me oculta la deficiencia y obscuridad de estos datos forzosamente truncos—añadiré, decía, que el prof. Emerson Reynolds, de Dublín, (1) señala que en cada período, las propiedades generales de los cuerpos simples varían unas de otras con regularidad aproximada, hasta alcanzar el *séptimo miembro*, que está en contraste más ó menos señalado con el primer cuerpo simple del mismo período, igualmente que con el primero del que le sigue.

Entrando en otro orden de ideas, nos encontramos con que, muchas religiones, fijan los *siete* años como el principio de la edad de la razón en el hombre; que los *catorce* años, ó sea el duplo de aquella edad es la época media de la pubertad en los sexos, y por último que los veintiún años es la edad generalmente fijada por los códigos para el ejercicio de la libertad civil. La psicología y la fisiología concurren, como se vé, á la confirmación de nuestra ley. Ya veremos más adelante como ésta última nos ofrece algunos datos sorprendentes. De la primera no puede esperarse mucho, porque es todavía una ciencia en formación, pero la fijación de los veintiún años, antes citada, aun siendo empírica, tiene un gran valor, por venir de la experiencia de los pueblos que la han acogido en sus legislaciones.

La biología nos enseña que los organismos se renuevan cada siete años por término medio, y nos dice con H. Grattan Guinness (2) que «el nacimiento, desarrollo, madurez y funciones vitales, revoluciones saludables de la variación, enfermedades, decadencia y muerte de insectos, reptiles, peces, aves y mamíferos, y hasta del hombre, están mas ó menos dirigidos por una ley de *complemento en semanas*» (períodos septenarios.)

Darwin ha constatado que es un hecho misterioso, que muchos procesos normales y anormales en los vertebrados superiores, como ser la duración de las fiebres, la gestación de los mamíferos, tienen

(1) Cit. Crooke.

(2) *Approching End of the Age*, p. 258.

una ó más semanas como períodos. Aquí, el período de las fiebres hace también concurrir también á la patología como elemento de nuestra demostración. Barlett (*Land and Water*) agrega esta otra observación: Los huevos de la paloma se empollan en dos semanas (dos septenas); los de la gallina en tres; los del pato en cuatro; los del ganso en cinco y los del avestruz en siete.

Pero, es en la fisiología humana donde encontramos la mayor cantidad de datos al respecto. La primera división del organismo humano, nos dá siete partes; tres centrales: cabeza, pecho y vientre y cuatro periféricas: los miembros. Encontramos en seguida los siete orificios de los sentidos en el cráneo. En el torax, el corazón, que es el cuádruple con los pulmones y la traquea, nos dan el septenario otra vez. En el vientre, siete vísceras: el tubo gastro intestinal, los dos riñones, la vejiga, el hígado, el bazo y el páncreas; los órganos de la generación forman un ternario, y aún hay otros cuyas relaciones con los septenarios son muy curiosas, pero no entran en el desarrollo de nuestro plan. Los miembros son á la vez triples ó séptuples; triples cuando sólo se atiende á sus grandes divisiones: brazo, antebrazo, mano; muslo, pierna, pie; y séptuples cuando se las tiene en cuenta á todas: brazo, antebrazo, carpo, metacarpo, falanjes, falanjes y falanjetas; muslo, pierna, tarso, metatarso, falanjes, falanjes y falanjetas. El rostro, con sus tres partes centrales—ojos, nariz, boca—y sus cuatro miembros maxilares, superiores é inferiores, manifiesta otra vez el septenario. Generalizando, se encuentra en el organismo siete aparatos principales: el nervioso, el respiratorio, el de la circulación, el de la digestión, el de la generación, el urinario y el de la transmutación, representado éste por el bazo y el sistema linfático.

La embriología nos presenta la división septenaria también, pues contando hácia afuera tenemos el embrión, el líquido amniótico, el amnios, la vesícula umbilical, la vesícula alantóidea, la capa inter-alantoido-corional y el corión. Podría añadirse que el término mínimo de nacimiento para que el feto sea viable, sin intervención de procedimientos artificiales, es de siete meses. Como último dato, aunque ellos podría multiplicarse, y siendo el embrión humano un conjunto tan semejante al huevo, indicaré que en éste existe también la división septenaria en la siguiente forma: mancha germinativa, vesícula germinativa, vitelio, membrana vitelina, albúmina, membrana de la cáscara y cáscara. ⁽¹⁾

Podría objetarse que buena parte de estas subdivisiones son casualmente septenarias, y que en análogas series de hechos podrían

(1) *L'homme*, por Dr. Pascal—(Lotus Bleu N° 4—Junio 1892).

encontrarse otras quaternarias ó cuaternarias. Ello es indudablemente así, pero es bueno hacer notar, sin embargo, que: 1° El número de casos contrarios es infinitamente menor al de casos afirmativos; 2° Que la división septenaria ha sido constatada por hombres que nada conocían de las doctrinas teosóficas en la mayoría de los casos; y 3° Que el número de fenómenos importantes que confirman esa división, en casi todos los ramos del saber, indica, sin duda, la existencia de una ley, sino general, particular respecto á aquellos fenómenos.

Por otra parte, la historia, las cosmogonías, las religiones, están llenas de recuerdos, de afirmaciones, de mitos en que el número 7 aparece como factor preponderante. Es la hebdómada, en la cronología; en astronomía la escala planetaria, cuya octava (Urano) gira al revés de los siete planetas anteriores, como indicando que es, á la vez, el final de la serie, y la inicial de una nueva; es la cifra cíclica de las edades divinas, el símbolo de las mágias, el numerador de las invocaciones... Por todas partes se le encuentra, todos los restos de la antigüedad lo manifiestan.

Esto lo saben todas las personas cultas, y no vale la pena de insistir con citas para demostrarlo.

Ahora bien, nosotros tenemos muy buenas razones para pensar que, no obstante todos los conocimientos de nuestra edad, ésta ignora muchas cosas que la antigüedad sabía. Entre otras esa ley septenaria que se desdobra en la de periodicidad y la de analogía, según lo indica, asáz claramente, su aplicación á los problemas científicos más transcendentales.

Los lectores extrañarán, seguramente, que en esta somera exposición no se haya estudiado la influencia septenaria en las matemáticas. El tema habría dado, en verdad, tanto como lo que va leído, y esto fué la causa de que me propusiera dejar subsistente la deficiencia, para salvarla en un próximo trabajo, que será enteramente dedicado á cuestionar al respecto.

Por el momento, queda llenado hasta donde alcanzan mis fuerzas, el tema que me propuse. Nuestro método científico se basa en la ley de Analogía, por el conocimiento de la ley septenaria que rige el fenómeno Universo. No parte del testimonio de los sentidos, siempre variable y sujeto á contradicciones, por más controlado que esté, sino de la posesión de verdades indiscutidas por todas las inteligencias, é indiscutibles dentro de cualquier capacidad de raciocinio.

Sabemos muy bien que nuestra situación es desfavorable, dada la actual orientación del pensamiento científico, cuyo método positivo pretende ser la última palabra en las investigaciones de la verdad.

no obstante su genealogía netamente excéptica y aristotélica. Nuestro espiritualismo es, sin duda, un obstáculo, dado que la ciencia, á pesar de su desdén por la metafísica, no vacila en invadir los dominios de ésta, para descargar su inapelable anatema sobre todo lo que no sea materialismo categórico y rotundo.

Tenemos el mal gusto de no estar conformes con las especulaciones materialistas que proclaman el azar como razón del Universo, y con ese método científico cuya consecuencia suprema es la multiplicación de la duda.

Los conocimientos adquiridos por esa misma ciencia, para quien espiritualismo es sinónimo de una triste degeneración misonéista, así como la posesión de las verdades indiscutidas que antes se ha comentado, nos demuestran que el Universo es una armonía formada por proporciones de números. Nuestro objeto es generalizar este conocimiento, para expresar la ley fundamental del Universo por medio de una razón numérica. Afirmamos que esa ley existe, que tiene su expresión en una razón numérica, y que esta razón es la ley septenaria cuyo comentario he hecho.

Sólo me resta, ahora, solicitar de la benevolencia del lector el perdón por las molestas repeticiones á que mi deficiente posesión del tema le ha sometido, y su indulgencia para este trabajo, que sólo es el silabeo de un estudiante.

LEOPOLDO LUGONES.

M. S. T.

LA LITERATURA Y EL OCULTISMO

Un gran número de personas se admiraría si se le plantease este aforismo tan simple: La literatura no es sino una de las ramas del ocultismo. Y sin embargo, pocos hay tan exactos, á condición de que nos entendamos primeramente sobre la significación de la palabra Literatura.

La literatura, verdadera, es cosa sumamente rara. Del mismo modo que se aplica la palabra amor á las aspiraciones más elevadas como á las manifestaciones más groseras. así también aquel vocablo engloba todas las elucubraciones, tanto las que no son más que reuniones de signos, sin alcance, sin valor, sin orden ni ritmo, como las

que, por el contrario, constatan un estado de conciencia, un trabajo del intelecto, una voluntad de exteriorizar alguna cosa de sí mismo y de concretarla en una obra.

Oficio ó inspiración,—expiración se debería decir,—se confunden bajo la misma etiqueta, aunque en las manifestaciones literarias la mayor parte no valen ni el esfuerzo del carpintero que cepilla una tabla: tenemos la propensión natural de saludar siempre como literatos llevados por un primer impulso, á los que, á semejanza de un hábil ebanista, maneja fácilmente la barrena, la garlopa ó el cincel literario; pero estos, que podrán ser buenos y graciosos grabadores de frases, limadores de versos ó decidores de punzantes ocurrencias no son los literatos que reivindicará nunca el ocultismo.

Desde que un hombre siente en sí agitarse una fuerza, ó que su cerebro, como sobrecalentado, tiende, casi á pesar del individuo, á dejar escapar *alguna cosa* que está en él y cuya represión es poco menos que imposible; cuando, como digo antes, el escritor exterioriza, *volens, volens*, una partícula de su substancia intelectual, entonces hace, aún sin saberlo, obra de ocultismo.

El génio, en fin, no es sino una canalización del astral. Aunque la incurable vanidad humana no mire con agrado esta afirmación, el hombre no es otra cosa que un aparato á la vez receptor, registrador, y transmisor de las fuerzas de la naturaleza, tanto de aquellas á las que nos hemos acostumbrado á llamar materiales como de las espirituales. El se asimila los elementos *rúpicos*, (1) los desagrega y los transforma en terreno de adaptación para las fuerzas manásicas (2) en tanto que su aparato cerebral es más ó menos perfecto. Acumulador de fuerza más ó menos brutal, es, en proporción, apto, colocado en ciertas condiciones, para desprender la chispa.

Estas condiciones de adaptación del terreno material para la siembra del espiritual,—empleando estas palabras en el sentido ordinario, bajo la reserva de que entre los diversos estados no hay otra diferencia que la de grados,—nos son casi desconocidas; tan raras, sùtiles y fugitivas son las manifestaciones en nuestro estado de imperfección. El sueño, la meditación, la absorsión, el recogimiento, la contemplación, son las formas más conocidas, confundándose con bastante frecuencia con el entorpecimiento físico y moral. Pero cuando, sea por naturaleza de constitución, sea por esfuerzo de adaptación, esos estados son realmente manásicos, entonces los elementos espirituales vienen por sí mismos á excitar el aparato cerebral y el pensamiento brota, verdaderamente original, algunas veces genial.

(1) *Rupa* es una palabra sanscrita con que se designa el cuerpo físico.

(2) De *manas*, mente.

¿Cuántos literatos, para adoptar la palabra, reciben esos effluvios superiores? El número es de lo más restringido, aunque nuestro orgullo lo considere mucho más importante. En unos, no son sino banalidades que se decora con el título de bellos pensamientos; en otros, es un desorden de ideas mal equilibradas. Lo que se toma generalmente por inspiración ó génio, no es sino un estado patológico, fiebre de un candidato á la locura.

Las ideas son seres vivos que pueblan el astral, seres que pueden atravesar millones de cerebros sin dejar allí ninguna huella. Algunos, y se les puede rápidamente contar, reciben estas entidades espirituales, las elaboran, las fecundan y las restituyen en su belleza completa y bien desenvuelta.

Cuando á las predisposiciones atávicas se añade la voluntad, cuando la impregnación del astral es frecuente y persistente, cuando ella crea ese modo reflejo de trabajo cerebral que se llama la intuición ó más vulgarmente la inspiración, el escritor está por encima de todos los hombres: profeta como Moisés, patriota como Esquilo, burlón como Aristofanes, filósofo como Platón, moralista como Jesús, médico como Paracelso, evocador como Homero, como Shakespeare, como Hugo, demoleedor como Voltaire ó razonador didáctico como Descartes, iluminado como Saint Martín, Boehme y Fabre d' Olivet, debe á las fuerzas desconocidas, ocultas, el poder que ejerce sobre sus contemporáneos y sobre sus sucesores. Su cerebro ha sido un espejo del astral que ha reflejado algunos rayos sobre la humanidad. Así pasa con todos los hombres que han arrojado en el mundo una idea, un progreso, una palabra de justicia y de verdad; todos han sido intermediarios generales entre lo astral y lo material, todos han penetrado en lo espiritual y nos han traído de allí un reflejo.

De esta manera se confirma esta afirmación: la literatura no es más que una rama del ocultismo.

* * *

Por otra parte, es evidente que todo hombre que se consagra al estudio y á la meditación es más apto que cualquier otro para desenvolver su propia receptividad, en cuanto al astral. Lo que se define como espíritu de asimilación no es otra cosa que esta facilidad de adaptación más ó menos desarrollada, aplicable á ideas diferentes y de distinto valor. En general, los asimiladores no producen nada de genial, porque su cerebro receptor es una criba á través de la cual pasa todo sin que ninguna elaboración transformadora se realice, sucediendo lo contrario en aquellos en quiénes la asimilación tiene por corolario la prehensión de innumerables materiales que

su cerebro quebranta, tritura, aprieta de cualquier manera para exprimirles la esencia.

En el primer rango entre estos, debemos solocar á Shakespeare, cuyo cerebro fué á la vez el más asimilador y el más creador que jamás ha funcionado bajo el cráneo de un hombre. No hay quien haya mostrado mas claramente estas dos cualidades en apariencia antitéticas, la exaltación y la ponderación. En él,—estado de los más raros,—la intuición se combina con la medida, el poder de emoción con la precisión de la observación.

Ciertamente que Shakespeare estudió mucho, pero una existencia de hombre,—y la suya fué corta,—no bastaría á explicar su sorprendente erudición, si la intuición no viniese en su ayuda. De todos los puntos del mundo intelectual de su tiempo, las entidades astrales convergieron en ese cerebro, preparado por la naturaleza y modelado por un constante trabajo.

Shakespeare, nos dicen, escribía rápidamente, sobre el primer rincón que se le presentaba en la mesa de una taberna, y la obra, como fondo y como forma, brotaba completa de su pluma. En esos momentos mantenía medio cerrados los ojos y colocadas las pupilas hácia arriba, de tal modo, que no se veía más que el blanco de la esclerótica. Es que Shakespeare oía, escuchaba la muda voz del mundo superior, el murmullo silencioso pero penetrante de la inspiración. Lo desconocido le dictaba, y él no era, en cierto modo, sino el secretario de lo astral.

Se ha dicho que sabía todo, y esta expresión, que es verdadera, requiere una explicación. Según orientaba su espíritu, se establecía una atracción entre las fibras cerebrales y las ideas adecuadas al sugeto meditado; esas ideas llegaban en enjambre, trayéndole la intuición, la adivinación. Lo que ya sabía se aumentaba, se completaba con lo que traía del astral. Los cuadros akásmicos se presentaban ante él, acabando los diversos rasgos que había antes recogido.

Unas veces era el mundo de las hadas, de las fuerzas de la naturaleza que animaban los bosques de Atenas ó la atmósfera de la isla de Próspero; otras se reconstituía, con una preciosa verdad, la historia del pasado. Vivía en Roma con Julio César, en Chipre con Oteló, ó bien si se dedicaba á la pintura de las almas, la síntesis de los caracteres especiales que constituyen los celos, el ódio, la hipocresía, el heroísmo, la bondad, la abnegación, se materializaba ante él, como por un agrupamiento de elementarios, todos en uno, viniendo á colocarse en actitud de ser fotografiados. Los dramas y las comedias de Shakespeare se representaban en el astral antes de adquirir cuerpo sobre el teatro de nuestro globo.

Así lo ha dicho Gardou en el prefacio de nuestra traducción: Veía

en la imaginación lo que jamás pudo realizar sobre una escena primitiva.

Sí, Shakespeare fué un vidente, en la más amplia acepción de la palabra.

* * *

¿Tuvo conciencia de esa ayuda de lo astral? Sí, y es á esa comprensión que se debe atribuir su prematura retirada. Juana de Arco no pudo, á su pesar, regresar á su aldea cuando sintió que ese mundo se cerraba para ella, cuando no oyó más las voces mudas también que la dirigían. El día que actuó sola, se encontró perdida.

Shakespeare no obedeció á los mismos entrenamientos (1). Desde que se debilitó en él la sobrehumana visión, dejó la pluma y se retiró á su pequeña villa de Stratford-sur-Avon; lo mismo que en nuestro tiempo hizo Rosini, el cantor inmortal de *Guillermo Tell*. Todos estos hombres eran audientes de lo astral y cuando sus cerebros, ya por fatiga, ya por modificación orgánica, no lo oyeron más, se callaron ellos mismos.

Si se buscase una prueba en apoyo de esta definición del genio de Shakespeare, se la encontraría en la perfecta noción del ocultismo de que su obra nos presenta tantos testimonios.

Bajo este punto de vista, nada más instructivo que el drama *Macbeth*.

La asimilación es evidente, y los numerosos detalles indican un perfecto conocimiento de las prácticas de la hechicería.

El número tres es el de las brujas que giran tres veces alrededor del caldero. El sapo Paddock es el gran agente del hechizo y Shakespeare nota al pasar el degüello de los cerdos, ceremonia goética que remonta á los tiempos antiguos. Véase á Horacio. Más lejos nos encontramos con el círculo de la ronda de las hadas, delimitado por la yerba seca, sobre el que nos habla de Guaita en la *Serpiente del Génesis*.

La primera escena del cuarto acto es típica. Allí, la segunda hechicera dice:

—Tres veces..... y una vez el pequeño erizo ha gemido.

Tres es en efecto el número fatídico; pero él cierra la acción mágica, y el uno más dá cuatro, es decir la realización.

Los ingredientes del caldero son tomados del más puro manual de magia, hasta la mandrágora, mumia de las brujas, y los tallos de tejo hendidos formando la vara ahorquillada; hendidos, además, durante el eclipse de luna, circunstancia bien conocida de los que hacen conjuros y que fija la influencia del ambiente sobre las cosas.

(1) Perdónesenos la palabra, pues ninguna otra puede expresar la idea que representa el término francés *entrainement*.—N. del T.

Mas adelante, una bruja jura *¡por las picaduras de mis pulgares!* Se sabe que las histéricas son de una extrema sensibilidad en la punta de los dedos, y las experiencias de Baraduc y de Jodko han probado la irradiación fluídica de las puntas.

Otra habla de grasa que ha sudado del cadalso de un asesino, y se sabe que todo cuerpo, todo objeto, desprende un fluido, una *aura*, que está impregnada no solo del bien ó del mal físico existente en el sér ó en el objeto, sino también y sobre todo, del bien ó del mal moral que están en ellos. Alrededor del patíbulo, hay el *aura* de crueldad del verdugo, y el de rabia ó desesperación de la víctima; y esos horrores son un veneno.

Pero es especialmente en la cuestión de las apariciones que Shakespeare revela una competencia tan profunda que á veces nos hemos llegado á preguntar si no estaría iniciado en alguna sociedad análoga á los Rosa-Cruz.

Primeramente Macbeth tiene la visión astral del crimen que va á cometer: — mi pensamiento, dice, donde el asesinato forma imagen. Después su pensamiento criminal se coagula ante él, bajo la forma de un puñal. Los *elementales* se apoderan de su proyecto asesino y se construyen un cuerpo á despesa de su fluido de crimen.

Pero lleguemos á la escena célebre de la aparición de Banquo, absolutamente conforme con las teorías del ocultismo. El pensamiento de Macbeth se exterioriza y se materializa, formándose su cuerpo fluídico. Sin embargo, los asistentes que ignoran lo ocurrido, no le aportan concurso alguno de modo que tal cuerpo fluídico no puede ser visto más que por Macbeth que se encuentra en una especie de trance. Desde que la tensión cerebral de éste disminuye, la exteriorización cesa y la aparición se desvanece; y cuando la debilidad de Macbeth permite de nuevo la exteriorización, el espectro vuelve. Es preciso que Macbeth use de toda su voluntad, — atrás ¡burla irreal! — para que el espectro desaparezca de nuevo, volviendo el asesino á tomar posesión de su cuerpo astral.

¡Genial detalle! Banquo ha desaparecido ya una vez, pero Macbeth no puede resistir al deseo de hablar de él, de evocarle en cierta manera. Este es el demonio de la perversidad, de Edgar Poe.

También encontramos, cuando la aparición del rey Banquo en la gruta de las brujas, la aplicación de los espéjos mágicos.

¿Recordaré, en fin, la escena de Lady Macbeth, admirable realización de los efectos sonambúlicos?

Este mismo estudio podría hacerse respecto de el *Sueño de una noche de verano*, de la *Tempestad*, de *Hamlet*, pieza esta última en la cual el espectro del padre es, no una creación nacida de los fluidos exteriorizados de Hamlet ó de Horacio, sino el mismo cuerpo astral

del viejo guerrero, ligado aún á la atmósfera terrestre por el peso de su pasada existencia;—muerto lleno de faltas, no ha tenido el tiempo de arrepentirse de ellas. Son los elementos ambientes que le ayudan con su materialidad astral á hacerse visible á los ojos de su hijo y de sus amigos.

Por lo demás, leemos en *Romeo y Julieta*, después que Mercurio fué muerto en duelo:—El fluido de Mercurio está todavía bien poco encima de nuestras cabezas.

Como es necesario que me limite, este estudio será un día completado y entonces se probará una vez más esta verdad: que en todo hombre de inteligencia equilibrada, lo oculto penetra y se impone.

JULIO LERMINA.

KARMA Y REENCARNACION

Las aguas del socialismo suben rugiendo sordamente; el dique que la religión cristiana oponía á los apetitos brutales de la humanidad ha sido socabado y actualmente inquietantes chorros lo atraviesan, lo conmueven, y agrandan cada vez más los pasajes que á través de él se han abierto. La vieja sociedad se encuentra bajo la amenaza de una desastrosa inundación; la lluvia incesante de las ideas materialistas acelera el desborde de los apetitos carnales, y los hombres no cuentan ya con el paraíso para compensar los sufrimientos de la vida, no siguen ya las reglas de conducta que debían conducirlos á la reparación de ultratumba; lo que quieren es el poder inmediato.

«Corta y buena» es la divisa que aparece en letras negras sobre el horizonte sombrío, por oposición á la cruz luminosa y al *In hoc signo vinces* que se mostraron ante los ojos de Constantino. Hoy es el lábaro de la Anarquía el que se mira en los cielos.

¿Es que el mundo vá, acaso, á zozobrar bajo la inundación del bestialismo? ¡Los que afanosamente trabajan en tapar las rajaduras de dique religioso, sino obtienen éxito en su tarea serán arrastrados por el furioso empuje de las mugidoras aguas!

Los pensadores, ansiosos, buscan en el horizonte un rayo, una

mancha luminosa que les anuncie el agotamiento de las espesas nubes que se derraman sin cesar en Occidente; pero la mayor parte de ellos no aperciben otra cosa que masas sombrías apretándose, poniéndose cada vez más densas, haciendo de hora en hora más siniestra la amenaza.

La consoladora luz existe, sin embargo, bien débil y bien lejana, allá, abajo, en la línea del horizonte, á raíz de tierra, pero tan ténue que los ojos ordinarios no la distinguen y que los que la ven podrían muy bien preguntarse si es el anuncio de la agonía del sol ó el signo de su reaparición victoriosa que dispersará las nubes haciéndolas entrar repentinamente en la transparencia del espacio.

Esta luz es la Teosofía.

Ella trae á los hombres una doctrina, un cuerpo de enseñanzas por sí solo capaz de satisfacer su razón y de detener el desborde de sus apetitos sensuales, hoy que han abandonado la infantil esperanza del paraíso y puesto á un lado el temor pueril al infierno.

Con la promesa de bombones ó con la amenaza del Cuco, se obtiene la obediencia de los niños, y la religión cristiana, que como á tales siempre ha tratado á los hombres, los ha conducido hasta hace poco y quisiera conducirlos todavía presentándoles como golosina el paraíso y á Satanás como el imaginario mónstruo. Pero los hombres han crecido, hoy son adolescentes y no es posible ya tratarlos como á bebés. Aquella religión, momificada, es incapáz de concebir hoy los medios necesarios para dirigir á la actual humanidad, animada de otras pasiones que las de la gula y el temor, y cuyo cerebro inflamado produce las visiones de una dicha grandiosa y próxima, parecida á las vastas y fantásticas esperanzas de la adolescencia.

Entre las enseñanzas de la Teosofía, hay, particularmente, dos capaces de detener la expansión de los instintos animales contenidos en la naturaleza humana, y ellas son la de Karma y la de la Reencarnación.

Karma es la ley de causalidad aplicada al destino humano; es el determinismo ámpliamente comprendido. Esa ley es el reconocimiento de un hecho común á todos los fenómenos que podemos percibir, y este hecho es: á la existencia no llega cosa alguna, sino es precedida de otras de las que dicha cosa es la transformación. Un hombre no puede nacer sin tener un padre y una madre que vivan antes que él; un bastón no existe sino porqué ha habido una rama de árbol ó de arbusto que un hombre cortó; un martillo para ser tal debe ser precedido por el mineral de fierro, por el minero que saca á éste de la tierra, por el fundidor que lo manipula y por el herrero que le dá una forma. Podemos de igual modo considerar á todos los

objetos del mundo y por todas partes encontraremos que, si existen, es después de alguna otra cosa de la que son la transformación. La ley de causalidad hace comprender la imposibilidad de la creación del mundo *ex nihilo*.

La vida del hombre es una serie de fenómenos que, como todos, son la continuación de hechos anteriores, la transformación de esos hechos. Todo acto y todo incidente de la vida humana están determinados por un conjunto de condiciones ambientes de los que uno y otro son la transformación. Algunas de estas condiciones podemos percibir las, mientras que otras nos escapan; por eso estamos tanto más inciertos sobre la conducta ó sobre la suerte de un hombre en circunstancias dadas, cuánto más ignoramos las condiciones determinantes de una ó de otra; si las conociéramos todas, tendríamos de antemano la certidumbre de esa conducta ó del incidente al cual quedaría aquél sometido. Si sabemos que un individuo tiene un carácter arrebatado, violento, y está dotado de un amor propio muy vivo, podemos mantener la casi certidumbre de que una injuria determinará en él un acceso de cólera, mientras que no podemos tener la misma seguridad respecto de otro cuyo carácter nos es desconocido y á quién vemos por primera vez. En todo hecho de la actividad humana, hay condiciones que conocemos y otras que ignoramos. Lo mismo pasa con la aparición del hombre sobre la tierra, con su nacimiento.

Sabemos que el padre y la madre de una persona hacen parte de las condiciones determinantes de su nacimiento, pero no vemos las que han conducido á uno á nacer de padres ricos, y á otro de padres pobres; á uno de padres en buena salud y á otro de ascendientes enfermos; á uno con facultades intelectuales poderosas, á otro con facultades débiles; á aquél con sentimientos simpáticos, á éste con sentimientos hostiles hácia sus semejantes; y todos estos son, sin embargo, hechos que forzosamente tienen su razón de ser y que no comprenderemos hasta tanto no conozcamos esa razón. Si ella no está en el ambiente actual, es que se encuentra fuera de él.

¿Dónde están, pues, las condiciones determinantes de esos diferentes hechos? Las tres religiones judáicas, la israelita, la cristiana y la mahometana, las colocan en el capricho de un Dios creador que, á su antojo, distribuye la riqueza y la pobreza, la salud y la enfermedad, la inteligencia y la estupidez, la virtud y el vicio; ser que puede, en el curso de la vida, reemplazar una de esas condiciones por otra, si se ha sabido apiadarlo ó si se le enoja por el empleo que se hace de sus dones. Ese Dios no es sino un hombre idealizado, que tiene por razón de ser la creencia de que el universo no existe más que para el hombre y por el hombre. Tal creencia es un producto

natural de nuestra constitución, correspondiendo para la humanidad, á la etapa del desarrollo individual que se llama la pubertad, ó época en la cual el yo (ahankaram) se afirma tan poderosamente que el adolescente se imagina que el mundo solo existe en vista de su personalidad. Tenemos un sentido genésico mental del mismo modo que tenemos uno físico. Con la edad, muchos hombres, no todos, llegan á comprender que esta creencia del adolescente es un error; lo mismo que la humanidad, alcanzada su edad madura, considera como un error la creencia en un Dios personal. Querer imponer dicha creencia á la humanidad razonable es como si se quisiera forzar á un hombre de cuarenta años á renovar los sueños de sus quince, y á agregarles además la fe que entonces les prodigaba.

Fuera de los caprichos de un Dios personal ó de la personificación de nuestra ignorancia bajo el nombre de Casualidad, ó bajo el de Fatalidad ó el de Destino, ¿dónde podríamos encontrar las condiciones determinantes de los hechos que forman las circunstancias del nacimiento de un individuo, de las que el mundo actual no nos dá la razón de ser? Primeramente, esas condiciones no pueden ser, en virtud de la ley de causalidad, otra cosa que hechos precedentes á aquellos que percibimos y transformados en estos.

Todos los incidentes de nuestra existencia son la transformación de los hechos de un ambiente del que hacemos parte; el incidente que es nuestro nacimiento no debe hacer excepción á esta regla. El es un hecho inicial que no es más que la transformación de otro terminal; no pudiendo nacer de nada es necesario que nazcamos de nosotros mismos; existimos antes de haber nacido y el último incidente de nuestra vida pasada ha sido la determinante del primero de nuestra vida actual. Cada vida no es sino un acto en un drama prolongado del que no se puede encontrar ni el principio ni el fin.

Ninguna persona razonable encuentra injusto sufrir las consecuencias de sus acciones; el asesino dotado de razón, si hay alguno, estima que es justo que se le haga expiar el crimen que cometió; un hombre honrado encuentra justo pagar las deudas que contrajo, y una persona leal se cree obligada siempre á respetar y mantener sus compromisos.

En la pasada existencia, hemos sido responsables de nuestros actos, como lo somos en la existencia actual; el último incidente de esa vida se ha transformado en el primero de la presente y por la parte de responsabilidad que teníamos en ese último incidente somos responsables de las circunstancias de nuestro nacimiento, siendo en nosotros mismos donde se encontraron las cualidades de esas circunstancias.

¿Habiendo sido los determinadores de las condiciones de nuestro nacimiento, tenemos el derecho de quejarnos por ellas?

No, y debemos aceptarlas tales como son. Es esta una enseñanza que nos da la doctrina de Karma, la que, una vez comprendida, muestra á los hombres su falta de razón para declamar contra la desigualdad de las condiciones sociales resultantes del nacimiento.

Dicha doctrina, que es la aplicación de la ley de causalidad al destino humano, nos enseña, además, que, en todos sus actos, los hombres no son y no pueden ser sino instrumentos de Karma; que, en un acto dado, no pueden proceder de otro modo que como lo hacen, pero, también, que no pueden escapar á las consecuencias de su conducta; pues todo acto es un efecto resultante de su causa, como se dice en álgebra filosófica. Toda acción humana tiene consecuencias próximas y consecuencias lejanas, es decir, que después de haber sido efecto se hace causa á su turno y produce efectos que van á ser también causa y cuyos resultados no podrían ser lo que son si aquella acción no hubiese sido cometida, si no hubiese traído su concurso á esta determinación. Las consecuencias de nuestros actos son siempre encontradas por nosotros en alguna parte, en esta vida ó en otra; por ejemplo, todo sentimiento de odio generado por un hombre, caerá un día sobre él como lluvia de odio; todo sentimiento de amor al cual haya dado nacimiento, volverá á encontrarle como un rocio bienhechor, pero siempre en este mundo.

Las consecuencias de aquello en que nuestro cuerpo toma parte, no pueden afectarnos sino á través de un cuerpo. El que aprovecha de su situación actual para hacer mal á sus semejantes, se encontrará un día en tal situación que gentes parecidas á lo que él es hoy le producirán exactamente el mal que impuso á los otros.

La doctrina de Karma enseña, pues, á resignarse en la respectiva posición; sin impedir de ningún modo la aceptación de las ventajas que se presentan en el curso de la vida, las que son efectos kármicos así como lo fué la mala posición anterior.

Por experiencia sabemos que nuestra conducta hácia los demás no es ni totalmente castigada, ni toda recompensada en el curso de la presente vida, y es un tema para banales declamaciones la injusticia de la suerte que permite á un malhechor morir tranquilamente en su lecho y que no acuerda á una inocente víctima ninguna compensación por las desgracias sufridas. La banalidad no siempre carece de verdad, y es únicamente sobre esta verdad banal que ha sido establecida la creencia en el paraíso y en el infierno compensadores; es esta la razón de ser de semejante creencia en su primitiva simplicidad, antes de haber sido desfigurada por las adiciones

fantasistas ó interesadas de los diversos clericalismos; y es la única que puede invocar el sentido común.

Se hace evidente, para quién quiera darse el trabajo de reflexionar un poco, que nuestra conducta no puede ser justamente recompensada ó castigada en el curso de una vida donde no nos encontraríamos en una situación terrestre, y es preciso tener mucha propensión hacia lo absurdo para admitir que el paraíso y el infierno, donde viviríamos sin cuerpos, puedan ser sitios donde se recompense ó se castiguen nuestras acciones corporales. Lo absurdo de esta opinión fué tan patente, que el dogmatismo cristiano sintió la necesidad de disfrazarla con la teoría de la resurrección de los cuerpos el día del juicio final; pero, desgraciadamente para ellos, los padres de la Iglesia que elucubraron tan bella invención, no previeron la química de nuestro tiempo que vino á demostrar la imposibilidad de semejante cosa.

Para sufrir las justas consecuencias de los actos que cometemos en la vida presente, es preciso que volvamos á la tierra, no como resucitados, pues las moléculas de nuestros cuerpos y de nuestras almas se dispersan á los cuatro vientos de su ambiente en cada disolución, sino como reencarnados. Muchas veces ya hemos venido sobre la tierra para sufrir aquí las consecuencias de nuestra conducta en las encarnaciones precedentes, y muchas veces todavía volveremos para lo mismo á ella; y mientras no hayamos agotado la condición humana terrestre,—pues obtener recompensas ó recibir castigos no es absolutamente el fin de esta vida,—mientras no hayamos llegado á ser todo lo que un hombre puede alcanzar aquí, volveremos á habitar la tierra para extraer de los elementos que ella nos presenta los materiales necesarios para la construcción de un hombre completo.

La doctrina de Karma enseña al hombre que su suerte en la vida actual es exactamente lo que puede ser y que si él llega á evitar las miserias que en el presente le amenazan,—cosa posible,—no estará por ello más adelantado; debiendo forzosamente sufrirlas, no habrá hecho otra cosa que retroceder para saltar mejor. Toda situación en la cual nos encontremos es útil para llegar al fin que debemos alcanzar; y una vez bien establecida esta convicción en la conciencia humana, tendrá por efecto disminuir la aspereza de la lucha por la existencia,—struggle for life,—determinada en casi todas las circunstancias por las concepciones erróneas que se tiene sobre la naturaleza de la propia suerte.

Un error que los hombres cuidan con predilección es la creencia de que la vida tiene por único fin el conseguir la felicidad. Tan constantemente la experiencia ha desmentido la posibilidad de la

felicidad terrestre que los individuos se han resignado á esperarla de una vida mejor, pasada en otras condiciones que las ofrecidas por la tierra, y así han admitido los paraísos contruídos por la imaginación.

La verdad es que la dicha es un estado de conciencia que puede durar algún tiempo, pero una dicha continua es cosa imposible porqué por el hecho de durar cesaría de ser tal. Vana es, pues, la ilusión por la cual buscamos la felicidad permanente, la felicidad que no cambie, siempre igual; y es, sin embargo, esta ilusión el gran motor de la actividad humana, hecho por cuya constatación tocamos inmediatamente el granito de la verdad proclamada por las filosofías indúes de que el mundo es la creatura de Maya, la Ilusión.

Una vez la satisfacción de los deseos obtenida durante un cierto tiempo, cesa de ser una felicidad y se sueña otra en cuya prosecución nos lanzamos. Tal es la ley que rige la vida humana.

¿Quiere decir esto que la Teosofía predique al hombre una pasiva resignación á su propia suerte, por mala que sea? No; ella se limita á señalar los efectos de la resignación, á los que quieren sacar de allí provecho; indica también los resultados inapercibidos de los esfuerzos que se tientan para escapar á una suerte considerada como mala; enseña la comprensión del mundo y de la vida, comprensión hácia la cual ninguna otra doctrina ha hecho tanto aproximar al hombre.

Para que todos podamos pasar por las mismas condiciones de existencia, lo que exige estrictamente la justicia, y también, y sobretudo, la necesidad de llegar á ser hombres completos, es bien evidente que es necesario que vivamos muchas veces sobre la tierra; puesto que en cada existencia hay tan considerables desigualdades entre la suerte de los hombres.

Para ser un hombre completo, es preciso haber experimentado todos los sentimientos que los hombres pueden experimentar y haber concebido todas las opiniones que pueden concebir en las diferentes situaciones de la vida. El rey que no hubiese sido mendigo no conocería nada de los sentimientos ni de las ideas del mendigo, que son, en la constitución del hombre completo, elementos tan indispensables como los suministrados por la condición de rey; é igual ocurre con el miserable que jamás hubiese sido rico, con el amo que nunca fué esclavo, con el esclavo que jamás tuvo mando, con el civilizado que no fué salvaje, ó con el salvaje que ignoró siempre la civilización.

Cada ser humano de los que actualmente existen, tiene una larga sucesión de vidas terrestres ante él y detrás otra larga cadena de vidas pasadas.

Las doctrinas de Karma y de la Reencarnación nos iluminan sobre nuestros verdaderos intereses, pues nos enseñan que la esta-

bilidad del mismo género de vida, cosa tan deseada por cierta categoría social, no es cosa tan ventajosa como nos imaginamos; una vez que se ha experimentado suficientemente ciertos sentimientos é ideas, se les posee, hacen desde entonces parte de nuestra individualidad, y su repetición no nos puede enriquecer más, así como no aumentaría la riqueza de un avaro el hecho de que se pasara contando y recontando las piezas de oro que forman su fortuna; mientras que cambiando de sentimientos y de ideas enriquecemos nuestra individualidad hasta el punto de poder hacer de una sola vida el equivalente de muchas. La estagnación no puede ser jamás sino temporaria; para quebrar las rocas y transformar las montañas se necesita temblores de tierra; para cambiar los estados sociales que han adquirido una constitución demasiado dura, se requiere revoluciones. Todo debe evolucionar bajo pena de cesar de ser; cuando un estado social no evoluciona, una revolución se hace necesaria; ella no es otra cosa que la condensación, en un corto tiempo, de una masa de evoluciones que se habrían producido normalmente en un período más largo.

Hoy, en los países de raza europea, las condiciones de la existencia humana son tales que pueden suministrar á las masas trabajadoras la ocasión de experimentar sentimientos y de concebir ideas distintas de las ideas y sentimientos en los cuales hasta aquí han estado confinadas. Ellas sienten esa necesidad y para satisfacerla quebrarán todo lo que se les oponga. Si las clases más favorecidas quieren evitar catástrofes, no tienen sino un medio: facilitar á los trabajadores el acceso á las regiones del sentimiento y de la inteligencia en las cuales su existencia privilegiada pueda desenvolverse á su agrado.

GUYMIOT.

CASOS DE DESDOBLAMIENTO (1)

«Aquel que, fuera de las matemáticas puras, pronuncia la palabra imposible, falta á la prudencia.»—Arago: *Anuario de las Longitudes*.—1895.

Conversando hace varios años, en Concord, con varias señoras de mi relación, una de ellas me preguntó si creía en la posibilidad de la aparición de un individuo fuera de su cuerpo; incidente que ya había olvidado, cuando la misma dama, mucho tiempo des-

(1) Traducido del Inglés para «Philadelphia».

pués, me refirió que, una noche, encontrándose en su habitación, en compañía de una amiga con quien vivía, vió la forma de una persona que le constaba estar en esa época lejos de la localidad. La aparición era luminosa y lo suficientemente clara como para no admitir duda sobre la identidad del sujeto.

Los hechos de esta naturaleza son tan numerosos, que, con ellos sólo, se podría constituir una extensa literatura, y, cómo en el caso expuesto, están, por regla general, atestiguados por personas inteligentes y dignas de fe. Desgraciadamente, no siempre pueden ser estas citadas como testigos, pues sabiendo que la mayor parte del público tacha estas cosas de inverosímiles, prefieren ocultar sus nombres antes que comprometer su reputación.

Es, sin embargo, fuera de duda, que existe una proyección de percepción á grandes distancias, hecho muy frecuente y que podemos decir que es hoy casi reconocido por todos. El pensamiento fuertemente dirigido hácia una persona de quien uno se encuentra separado, puede ser percibido por esa persona, aunque ella atribuya el caso á su propia espontaneidad. Mas ó menos, todos recibimos sugerencias, de esa manera, repitiéndose á menudo el hecho entre los enamorados, por ejemplo, que piensan casi siempre idénticas cosas en los mismos momentos. Jung Stilling fué impulsado á casarse con su primera mujer á consecuencia de una mútua sugestión, que ambos consideraron como inspiración divina.

Con más frecuencia pasan tales cosas entre individuos que viven en una misma habitación. Gran parte, también, de la elocuencia que se desarrolla en diversas ocasiones ante un auditorio religioso ó de cualquier otra naturaleza, es debida á la transmisión del pensamiento, así como á la influencia emocional que ejerce el orador sobre aquellos de sus oyentes que poseen facultades receptivas. Yo he experimentado este fenómeno conmigo mismo, en varias circunstancias, cuando en los que me rodeaban presentía un impulso inspirador; en esos casos he dicho cosas y ejecutado actos sin darme cuenta de ello, automáticamente.

El pensamiento tiene energías y poderes que son generalmente desconocidos, y es, por medio de ellos, que, á mi modo de ver, se producen muchas de las más curiosas manifestaciones espiritistas. Pero, no es de esto de lo que voy á ocuparme.

Recordaré que el apóstol Pablo, en su epístola á los Corintios, les relata sin explicarse con claridad, el caso de un hombre (refiriéndose á sí mismo) que se quedaba en éxtasis ó en ausencia, y decía: «No sé si estoy en mi cuerpo ó fuera de él.» Se encontraba transportado al tercer cielo,—el etéreo ó epúreo,—y oía palabras que los hombres no saben hablar.

Iguales éxtasis han sido experimentados por el Seer y Sabio de Eran, Zarathustra Spitaman, el apóstol de la religión Mazdea, á quien equivocadamente se suele hacer figurar bajo el reinado de Darío Hystaspes, confundiéndosele probablemente, con alguno de los varios Zoroastros que han existido en la Persia. Muy superior á todos ellos, su antigüedad tambien es más remota. Spitaman, se describe á sí mismo como un repetidor de cánticos divinos, un apóstol y el profeta ó intérprete de Ahura Mazda. Si no me equivoco, escuchaba los oráculos pronunciados por el espíritu de la Naturaleza y las palabras de la Divinidad reveladas á través de las llamas que son la esencia de Ahura Mazda misma, y entraba entonces en éxtasis, ausente del mundo exterior y enagenado en el interior.

Manuel Swedonborg es, en los países occidentales y en los tiempos modernos, el mas notable ejemplo de tales comuniones. Frecuentemente entraba en éxtasis, ó quedaba en ausencia, y no sólo, como lo aseguraba, conversaba con ángeles y espíritus, sino que en tal estado era testigo presencial de cualquier acontecimiento que ocurriese en el mundo en esos instantes. Uno de esos casos, que puede presentarse como un precioso ejemplo, es el siguiente: Encontrándose un día en medio de un grupo de personas, cambió de repente la fisonomía de Swendenborg, cayendo éste en una especie de sueño. Cuando volvió en sí todos se apresuraron á preguntarle que es lo que le había pasado, á lo que él guardó silencio, hasta que, apremiado por las interrogaciones, contestó: «A esta misma hora, Pedro III, muere en su prisión.» Enseguida relató la muerte del emperador, concluyendo por pedir que los datos que daba fueran anotados con exactitud. Más tarde se confirmó que los hechos habían sido perfectamente verídicos.

Esta forma de éxtasis ó ausencia de la propia conciencia, está descrita en el antiguo relato de Hermotimos ó Hermodoros de Klasmene. Se sabe que este individuo podía abandonar su cuerpo y presentarse en distintos sitios, viendo todos los objetos y conversando con las personas que encontraba. Después de ello, se reintegraba á su cuerpo y contaba lo que había oído y presenciado. Mientras tanto, su cuerpo parecía muerto ó sumergido en un sueño cataléptico. Por último, en una de esas ocasiones, su mujer lo entregó á sus enemigos, quienes lo quemaron en la pira funeraria.

Plutareo ha explicado este estado particular, diciendo: «El *alma* nunca abandona al cuerpo; pero, desata el nudo que sostiene el demonio (1), permitiéndole viajar. Así, pues, esta inteligencia que ha

(1) El *daemon*, *daimonion*, ó principio espiritual, es sin duda, el *nous*, mente inteligente ó superior que excede la facultad razonante. «El *nous* ó mente es nuestro demonio», dice Mainandras.

En el Nuevo Testamento esta entidad se denomina generalmente bajo el nombre de *Espíritu*; y parece haber sido considerada como una parte ó proyección del *Alma del Mundo*.

visto y oído tan variados acontecimientos eternos, trae al cuerpo y á su conocimiento íntimo, múltiples enseñanzas relacionadas con ellos.»

La facultad de abandonar el cuerpo y la capacidad de adquirir noticias de cosas y hechos que se encuentran y pasan á grandes distancias, parece ser privilegio de muchos individuos de los países Orientales. Así, he oído relatar á Bayardo Taylor, en una lectura pública, que mientras él viajaba por el Japón, durante la guerra de los Estados Unidos con Méjico, los japoneses estaban al corriente de las batallas y demás hechos que ocurrían entre ambos beligerantes, aún cuando allí no hubiere llegado vapor alguno ni se hubiesen recibido tampoco noticias por los otros medios ordinarios de comunicación.

Los árabes afirman que existe un Habar ó poder oculto (1) que permite á ciertos individuos percibir, perfectamente conscientes, hechos notables, tales como batallas, terremotos y otros acontecimientos importantes, producidos á distancias tan grandes que sería imposible que fueran transmitidos por los medios usuales de que pueden disponer. Se dice que dichos medios de comunicación, han sido usados en la guerra de Sikh de 1845, cuando la sedición de la India, y en la guerra de Crimea, de 1855.

Un redactor del *Diario de la Cámara*, de 1878, admite estos hechos y trata de explicarlos con la siguiente hipótesis: «Varias teorías han sido expuestas para explicar la maravillosa rapidéz con que se transmiten ó comunican entre sí las noticias, las naciones que no poseen ni el telégrafo eléctrico, ni el poder naval. Algunos individuos sostienen que existe una fuerza psíquica que une á personas separadas por enormes distancias y que les permite tener conocimiento de los hechos con igual facilidad con que nosotros los tenemos en nuestras relaciones de parte á parte. Pero, sea como sea, no hay duda que existen, en los países Orientales, medios por los cuales la inteligencia se transmite con una maravillosa rapidéz, sin necesidad de la ayuda del vapor ó de la electricidad.»

Esta sugestión á distancia no tiene nada de inverosímil si consideramos la energía de que está dotada la inteligencia humana. Los místicos y los «visionarios», afirman que por la sola fuerza del pensamiento, continuamente ejercitado, podemos herir á la persona sobre quien lo dirigimos, hacerle un daño ó producirle un beneficio, sin tener necesidad para ello del más mínimo contacto material.

(1) El término semítico H. B. R., significa un encantamiento, una manifestación oculta. Hebrón, una antigua Hittite y Metrópoli Hebráica, parece que lleva su nombre de esa palabra, como indicando haber sido una ciudad Cabalística. Su antiguo nombre, Kirjoht Arba, significa ciudad de los cuatro:—los tres Grandes Dioses y la Divina Madre. Astarté Bhavani.

otros á entrar en lucha con ellos; y en el segundo vemos que, cuando Margrave es perseguido por sir Philip Derval, tiene bastante fuerza como para poner un hechizo á esta persecución, sugestionando, por medio de sus poderes ocultos, á un loco que acecha y mata á su perseguidor.

El caso del *Jefe de Estación*, que apareció últimamente en la «Revue Theosophique, le Lotus Bleu,» (1) nos ofrece un relato conmovedor; lleno de gran fondo de verdad que hace imposible considerarlo como una fantasía. Se trata allí de un crimen perpetrado por el doble, después de la reciente muerte del cuerpo del sugeto á quien pertenecía. Tom Price, maquinista de ferrocarriles, es presentado como un hombre hábil y seguro en su profesión, pero de un carácter terrible y rencoroso. Está profundamente enamorado de Hetty Hawkins, la que parece no haber notado sus atenciones. En tal situación se da á aquél el manejo de la *Fire Queen*, máquina de gran fuerza á la que se dedica, como todos los maquinistas, con especial cariño. *Cualquier daño que ocurriera á su máquina, lo sentiría como si se tratara de si mismo.*

Por ese tiempo, Joë Brown, carpintero y joven de escaso valor, aparece en escena como admirador de Hetty. A fin de poder ver á ésta con frecuencia y también para conquistar su corazón, ingresa como ayudante en una Bible Class donde concurre Hetty y la rodea allí de todo género de atenciones. Price sabe esto y jura vengarse.

Una mañana de mayo, conduciendo su máquina, vé á los enamorados que conversan en un sitio próximo á un puente de madera por donde pasa la vía; inmediatamente enmudece de ira, pero recobrando de pronto la palabra, lanza sobre aquellos una lluvia de maldiciones. Luego, en el exceso de su fúria, inclina el cuerpo fuera de la máquina para seguir amenazándolos en el preciso momento en que el tren se lanzaba sobre el puente en uno de cuyos estribos choca la cabeza de Price quien cae muerto instantáneamente.

Los empleados de los ferrocarriles tienen generalmente fama de supersticiosos, así es que no sorprenderá el saber que se decía entre ellos que la sombra de Tom Price se había aparecido dos ó tres veces en las noches oscuras.

La *FireQueen* había sido confiada, después de este accidente, á Jack Wilkinson, quien un día de julio del mismo año fué á prepararla, como de costumbre, para el trabajo cotidiano. Con gran sorpresa de su parte, se encontró con que la máquina había desaparecido, viendo, en cambio, tirado en el suelo y presa del mayor terror á uno de los fognistas, quien refirió, luego que se repuso, que habiendo guardado la máquina en el galpón vió á Tom Price allí, tal

(1) G. W. Leadbeater. — «Un crimen en el Astral.»

cual lo había conocido en vida. «Presentaba un aspecto terrible, todo cubierto de sangre, y con una gran herida roja en el lado derecho de la cara,» como cuando fué muerto en el mes de mayo anterior.

¡La máquina había desaparecido! Un cuarto de hora antes la habían robado! Al poco rato recibióse un parte telegráfico anunciando que se acaba de ver pasar una máquina sola, corriendo con una velocidad extraordinaria. El jefe de la estación la oyó acercarse y como no esperaba á esa hora tren alguno, salió á la plataforma para ver lo que ocurría. Cuando se fué acercando, decía, «reconocí á la *Fire Queen* llevando solo un hombre, y tan cierto como hay un cielo sobre nuestras cabezas, aquel hombre era Tom Price!» No había equivocación posible en cuanto á la identidad del individuo, pues se veía en él, la mirada sombría, impregnada de celos y de odio y acompañada de una terrible, intensa y diabólica expresión de triunfo mayor que toda descripción posible. Por el lado derecho de su cara corríale la sangre y la cabeza tenía el aspecto de una masa informe. La orden para arrojar la máquina fuera de la vía, á fin de evitar una desgracia, llegó demasiado tarde: ese día y justamente en ese instante, la Bible Class salía para un pic-nic, en un primer tren, y Hetty Hawkins y Joë Brown iban en él. La pesada máquina de cincuenta toneladas, corriendo con una velocidad de sesenta millas por hora, chocó con este, volcando todos los coches de los cuales los tres últimos se destruyeron por completo. Un gran número de personas perdió la vida por el choque, y otras, heridas, quedaron bajo la informe masa de fierro y de maderas que no tardó en incendiarse con el fuego de la máquina, muriendo así, bajo las llamas, muchas de aquellas.

Hetty Hawkins escapó casi ilesa de la catástrofe, pero el cuerpo de Joë Brown fué encontrado completamente destrozado bajo el peso de tren.

«Tal fué la venganza de Tom Price».

El conocido escritor Alexis Krausse ha publicado una novela en la que presenta el mismo caso de un modo más impresionable y bajo una forma verdaderamente convincente; y aún cuando comprendemos que solo se trata en ella de una simple ficción, presenta todo el relato un aspecto tan genuino y tan verosímil que no puede menos de ser mirado con interés. Además, por más extraño é inverosímil que el caso nos pareciera, no debemos olvidar que existen muchas cosas posibles de las que no tenemos ni la más remota idea.

He aquí el asunto:

El autor nos conduce á una hermosa casa de campo inglesa, en medio de un pequeño grupo de personas en donde se ha discutido largo rato sobre las apariciones y sus resultados. La condesa,—que

es la dueña de la casa,—asegura que considera al sueño como una realidad, y cita al respecto diversos casos en favor de su tesis. Una de sus huéspedes, Mrs. Grimstone, que hasta entonces ha guardado silencio, agrega modestamente: «Más de una vez, me ha sucedido que varios de mis sueños han tenido una completa realización, o que me ha convencido de que solo una deficiencia de nuestra percepción, nos hace considerar la realidad como imposible».

Relata, con este motivo, su vida.—Es viuda, habiéndose suicidado su esposo para escapar a la miseria. Un día fatal, éste tuvo que pedir prestados á un usurero quinientos pesos; y la dama describe al individuo como un hombre anciano, de nariz encorvada, con una larga poluca blanca y una gran protuberancia debajo de la barba en forma de lobanillo parecido á la excrecencia que tienen los pavos encima del pico. Acostumbrado á vivir á la moda, es aficionado á hablar mucho de sí mismo, siendo naturalmente familiar con toda mujer que se cruza en su camino. Durante cuatro años ese hombre tuvo á su deudor bajo el peso de una tortura constante, habiendo conseguido sacarle en distintos plazos, y entre confiscaciones é intereses, más de seiscientos pesos, sin que la deuda hubiese disminuido por eso. Mientras tanto, iba con frecuencia á la casa de su deudor, insistiendo, en la ausencia del dueño, en hablar con la señora, oportunidad que aprovechaba siempre para manifestarle el poder que tenía para arruinar al marido y venderles la casa. Llegaron, por fin, sus persecuciones y sus perversas intenciones á hacerse tan intolerables, que mistress Gramstone tomó el partido de hacerlo arrojar de su casa. Viéndose, pues, totalmente burlado en sus infames propósitos por la noble actitud de la dama, escribió al marido exigiéndole el pago íntegro de la deuda, bajo terribles amenazas si no lo hiciera, lo que condujo al infeliz esposo á buscar en el suicidio un refugio seguro.

Pasaron los años, y como la hija de ambos, Ethel, fuera ya una señorita, la desgraciada viuda tuvo que volver á frecuentar la sociedad, formando, ambas, parte de los huéspedes de lady Glover en una ocasión en que ésta había reunido á varias personas en su casa con motivo de una partida de placer.

Durante la comida, y repentinamente, como una ráfaga de depresión, abatió el rostro de Mrs. Grimstone, y cuando lady Glover se levantó de la mesa, aquélla se apresuró á refugiarse en su habitación, donde la acometió un ataque nervioso de llanto. Pasado éste y tranquilizada ya la referida señora, bajó á reunirse con el resto de la compañía, donde encontró á su hija conversando precisamente con el hombre cuya persecución había causado la muerte de su esposo.

Mediante una hábil maniobra, Mrs. Grimstone consiguió atraer á su lado á Ethel, después de lo cual ambas se retiraron á sus respectivas habitaciones, que comunicaban entre sí. La madre se desvistió para dormir, pero como no pudiera conciliar el sueño, tomó un libro y se puso á leer. Sin embargo, su imaginación vagaba lejos del tema de lectura, y le presentaba á cada instante la cara del viejo con su arrugado lobanillo debajo de la barba.

«Comprendí al cabo de un rato, dice la narradora, que no podía estar más tiempo quieta, y tirando el libro, me dirigí al cuarto vecino á buscar la compañía de Ethel.

Esta dormía ya tranquilamente. En ese instante la madre oyó á su lado un débil crujido, y dando vuelta, percibió en el suelo un pequeño objeto blanco: era un pedazo de papel cuidadosamente doblado, que había sido arrojado por debajo de la puerta que daba al corredor, papel del que se apoderó la viuda y que al examinarlo en su habitación, hacía donde regresó enseguida, vió que era un anónimo en el que se invitaba á su hija á una cita junto á la última puerta del lado izquierdo del corredor. Este hecho la dejó perpleja, sin saber qué partido tomar. Paseábase por su cuarto de un lado á otro, completamente agitada, llena su mente de diversas ideas que no se atrevía después ni á recordar; consultó su reloj y vió que era la una y cuarto, es decir, tres cuartos de hora antes de la indicaba para la cita. «Entonces, dice, tuve una idea repentina, y antes de madurarla en mi cabeza, comprendí que tenía que llevarla á cabo. No sabía, en realidad, lo que hacía. Quería concluir de una vez con esta tensión nerviosa que me oprimía y proteger al mismo tiempo á mi hija.»

Levantóse, abrió la puerta y se dirigió al final del corredor. Había luz en la última habitación. Una vez allí trató de hacerse fuerte para la prueba, empujó la puerta y penetró resueltamente en el interior. Era *su* cuarto. En él estaba el viejo, parado delante de un espejo movable, y vestido de la misma manera como lo había estado durante la velada. Tenía en la mano un par de tijeras y con ellas se arreglaba la barba.

«Era la única oportunidad de toda una vida.» Corrió hacia él, y con la fuerza de una loca, tomóle por el cuello, lo hizo caer, y poniéndole entonces las rodillas en el pecho, le clavó profundamente las uñas en la carne. Cuando el viejo dejó de luchar, tomó aquella las tijeras é instintivamente cortó con sus afiladas hojas el lobanillo.

Inmediatamente se sintió como aliviada de un enorme peso: ¡su esposo estaba vengado y su hija protegida!

Bien pronto, sin embargo, su Némesis se apoderó de ella. Sobrecogida por el horroroso aspecto de las facciones ensangrentadas

del anciano, se apresuró á cubrirle la cara, pero, á pesar de ello, vió con terror que éste la seguía mirando por medio del espejo, sobre el cual arrojó entonces un pesado candelabro, que lo rompió en multitud de pedazos, sin que lograra con ello otra cosa que aumentar el horror que se había apoderado ya de su alma: ¡cada uno de los fragmentos del espejo reflejaba la imagen del muerto!

Ante este hecho perdió el conocimiento y no volvió á recordar nada. Al despertar se encontró en su cama, teniendo á Ethel á su lado, completamente vestida, y mirándola ansiosamente.

Veamos ahora la otra parte del caso.

«Supe por mi hija que, pasada la una de la mañana, la despertaron mis gritos. Acercóse á mi lecho, y no pudiendo despertarme, permaneció á mi lado por espacio de una hora, oyéndome hablar con agitación, como si estuviera bajo la influencia de una terrible pesadilla. Poco á poco me fui calmando, hasta que un sueño profundo se apoderó de mí. Mi pobre Ethel se había quedado en mi cuarto, afligida por mi estado, y así pasó en vela la noche entera. Recién entonces, me di cuenta de que lo que me había pasado no había sido más que un sueño.»

Ese día, Mrs. Grimstone y su hija no bajaron á almorzar hasta después de haberlo hecho la mayor parte de los huéspedes de lady Glover, enterándose con sorpresa que un caballero anciano había allí fallecido esa noche repentinamente. La persona que les relataba lo acontecido les dijo que habiendo sido necesario forzar la puerta del cuarto de éste, lo encontraron tendido y sin vida en medio de la habitación.

«No ha sido asesinado, porque la puerta tenía echado por dentro el cerrojo y las ventanas también se encontraban herméticamente cerradas. El despensero me ha dicho que se trata de un suicidio... Dice que aquél se ha dado la muerte con unas tijeras y, lo que es más extraordinario aún, es que nadie se haya despertado en la casa, pues al caer el suicida ha dado con su cuerpo contra un espejo, que se ha roto en mil pedazos, lo que ha debido producir un ruido enorme.»

Años más tarde, habiéndose casado Ethel, Mrs. Grimstone, sola ya, se dirige á pasar una temporada con lady Glover, y encontrándose en la biblioteca la segunda noche de su llegada á casa de ésta, llamó su atención un libro que estaba en un estante bajo é inmediato á ella. Lo tomó y empezó á hojearlo, cuando al hacer esto vió caer de él un papel que al abrirlo advierte que es el mismo que notó en el cuarto de su hija aquella terrible noche.

Al hacer su narración, el autor ha evitado prudentemente resolver

el enigma que esta historia llevada consigo. Únicamente se limita á hacer aparecer á una de las personas de la reunión considerando el hecho como «sugestión», á otra como «doble vista», á una tercera como «alucinación», y á una cuarta como «curiosa coincidencia», mientras que la condesa, más perspicáz, declara que ella cree que el caso es positivo, y con ella lo creerán también las personas intuitivas é inteligentes.

Mientras la madre estaba en cama bajo una influencia cataléptica, su verdadero ser, desprendiéndose de su cuerpo, entra en el cuarto de su verdugo, atravesando la puerta cerrada, y le inflige el castigo de su crimen.

El *Argos* cuenta el siguiente caso de un niño que tenía una idea imperfecta de su otra personalidad: Laurie Pryce es huérfano de madre y ha sido educado, bajo un techo inhospitalario, por un padre injusto y antipático. Todos sus impulsos de niño, le han sido restringidos, de manera que ha ido creciendo deprimido, sin espíritu, sin esperanzas y sin distracciones.

En sus conversaciones con la tía, le habla á menudo de Tom Robertson, á quien, bajo todo punto de vista, considera muy afortunado y muy superior á él, según sus afirmaciones. Tom Robertson es el primero de su clase; tiene en su cuarto fuego y luz, usa chaqueta de terciopelo, sus días de vacaciones los pasa en casa de su tío, donde tiene un poney y anda siempre en bote; sus cumpleaños son festejados en su casa; tiene una madre y una hermana tan bonitas como él; es algo mayor que Laurie, posee un perro, oye misa en la abadía de Westminster, ha vencido al muchacho más fuerte del colegio, y por fin, quiere llegar á ser juez. También escribe versos, de los cuales el que sigue es una muestra:

«If your walls are so narrow
You can not see far,
Knock a hole in your ceiling
And look at a star.»

(Si no puedes por lo estrecho de tus paredes mirar á lo lejos, agujerea el techo y contempla las estrellas).

En resúmen, el tal Tom Robertson era todo lo que Laurie aspiraba ser, y lo que es más significativo, lo describe como gozando, poseyendo y haciendo todo lo que él deseaba para sí.

Pasado algún tiempo, Laurie se enfermó de pulmonía y murió. Durante su enfermedad veía á menudo á Tom sentado á los piés de la cama, y hablaba largamente con él, contestándose á sí mismo las preguntas que hacía. Una vez fallecido, se trató de invitar á Tom á los funerales, descubriéndose entonces que no existía en nin-

guna parte. Era simplemente una personalidad producida por la imaginación del niño; el ideal que el pobre Laurie quería ser, una ficción que no lo era.

La tía del niño parece, sin embargo, que no se dió exacta cuenta de la verdad, y cuando el supuesto narrador de la historia la visitó algunos meses más tarde, ella le decía:

«Siempre que recuerdo á mi querido Laurie pienso inmediatamente en Tom Robertson, á quien nunca conocí, esfumándose entonces Laurie en mi memoria como un sueño.» A lo que el visitante le contestó: «Cuando usted recuerda á Tom, recuerda á Laurie, puesto que aquél era lo que éste amaba.»

Como conclusión, menciona la persona que hace el relato, un pedazo de papel que tenía la apariencia de haber formado parte de un cuaderno viejo, en el que había escrito, como por una mano de niño, estos dos nombres: «Laurie Pryce» y «Tom Robertson», concluyendo con lo siguiente: «Y este papel escrito, que guardo en mi pupitre, pertenece á Laurie ó á Tom, pues donde está el uno está el otro. Cada uno de ellos contesta al nombre del otro. Pero, ¿qué ha sido de la madre de Tom, de la hermanita, del tío y del perro, que consiguieron hacer de Tom lo que era? No he perdido en él mi fe: así pues, debe existir donde esté, en alguna parte.»

Nosotros también creemos que todos ellos existen en el mundo del pensamiento y de la imaginación que es el mundo de la realidad. Paúl dice la verdad al observar que las cosas que se ven pertenecen al Tiempo, mientras que las que no se ven pertenecen á la Eternidad; existiendo otra personalidad en nosotros además de la que está formada por nuestro cuerpo material.

No certifico yo, por cierto, ninguno de los casos narrados, como hechos verdaderos; pero también estoy lejos de creer que tales cosas sean imposibles y que no hayan sucedido alguna vez. El doble de nuestra personalidad puede hacerse en algunas ocasiones perceptible, y, bajo ciertas condiciones, revestir una apariencia de carne y hueso con el fin de llevar á cabo actos definidos.

Nuestros mismos cuerpos no son sino una envoltura semejante, y, en realidad, «son idénticos á aquellos que vemos en sueños.»

Bueno será, pues, aceptar estos relatos prudentemente, evitando el caer en la ciega credulidad; no obstante que, mientras más dóciles seamos, más aptos también nos encontraremos para aprender.

ALEJANDRO WILDER.

EL CONGRESO TEOSÓFICO INTERNACIONAL

Como ya lo habíamos previsto, tuvo lugar en París con un éxito completo, en el mes de junio ppdo., el Congreso Internacional Teosófico, al que han concurrido, además de todos los teosofistas franceses y de aquellos que accidentalmente se encontraban en dicha ciudad en la época indicada, los representantes oficiales de gran número de Ramas extranjeras. Presidió las sesiones el coronel Olcott, presidente-fundador de la Sociedad, quien expresamente se trasladó desde la India á la metrópoli francesa con ese objeto. Sus palabras, al abrir aquellas, declarando constituido el Congreso, fueron recibidas por todos los presentes con señaladas muestras de satisfacción y de respeto, tanto por las gratas nuevas que nuestro presidente comunicó á la asamblea con esa sinceridad y elocuencia que les son reconocidas, cuanto por las especiales condiciones que distinguen á dicho caballero y que han hecho de él una personalidad venerable dentro de la sociedad teosófica. Sentimos no poder reproducir aquí sus palabras, pues no tenemos más que un ligero extracto de ellas, pero diremos, por lo que pueda importar á aquellos lectores que se interesan por la prosperidad de nuestra causa, que el coronel Olcott desarrollando el cuadro de las luchas sostenidas, de los trabajos hechos y de los adelantos alcanzados en los veinticinco años que lleva la sociedad de vida, hizo presente que la era de las tempestades parecía ya haberse cerrado definitivamente para ella y que el barco que conducía sus destinos marchaba al presente con sus velas desplegadas al viento no siendo detenido en su camino sino por los numerosos pasajeros que se agrupaban á cada instante á su paso para ser recibidos á bordo.

Las sesiones duraron, de acuerdo con el programa de antemano establecido, cuatro días. Durante el primero ocupó la tribuna, además del coronel Olcott, M. Chakravarti eminente pensador indio, que ha ejercido importantes funciones en la enseñanza oficial de su país. Su elevada estatura, la distinción de sus maneras, sus conocimientos, la aureola de bondad que lo rodeaba y la alta idea que tienen todos los teosofistas de su carácter y de su inteligencia, unidos á una exposición elara y brillante, fueron motivos concurrentes para producir en el auditorio una impresión tan fuerte que la sesión se levantó ese día después de haber dejado la palabra el eminente orador.

Annie Besant, tan bien conocida ya de nuestros lectores; el Brahmacharin Chatterji, con algunos de cuyos trabajos ha engalanado PHILADELPHIA más de una vez sus columnas; el astrónomo Stuart, presidente de una Rama Teosófica en Nueva Zelandia, el Dr. Pascal y muchos otros teosofistas distinguidos, leyeron interesantes memorias en la asamblea durante los días siguientes, algunas de las cuales publicaremos en breve; clausurándose, por fin el Congreso el día 28.

Según la Revista *Le Lotus Bleu*, de la que tomamos estos datos, es sorprendente la propagación que han adquirido las ideas teosóficas en el mundo y que ha sido revelada en el último Congreso, en el que se han recibido comunicaciones lo mismo de la extremidad más setentrional de la Escandinavia como de las lejanas islas de la Nueva Zelandia; pues donde quiera que existe una población de importancia allí trabaja algún Centro en la obra noble de difundir la verdad.

La mencionada revista termina así su crónica: «Como estaba convenido, antes de dejar París los congresales celebraron una sesión pública en el hotel de las Sociedades Sabias, en la noche del jueves 28, ante una asamblea de más de novecientas personas. Manos desconocidas habían tejido un tapiz de rosas debajo y en las orillas de la tribuna que debía ocupar la Sra. Besant. Jamás la palabra del orador fué más vibrante ni su pensamiento más elevado, siéndonos imposible analizar su discurso en algunas líneas ni describir el recogimiento y el placer con que este fué acogido por el auditorio».

Por nuestra parte agregaremos que no nos sorprende el éxito alcanzado por el Congreso, pues desde hace tiempo venimos observando, por el aumento de la literatura teosófica y por la calidad de los nuevos trabajos que ven la luz, diariamente podemos decir, en libros y revistas, con que eficacia se hace sentir la acción de la Sociedad en los países europeos y americanos; así como hemos notado ya la poderosa influencia de esas ideas en los últimos procedimientos y trabajos de la ciencia oficial.

Confiemos en la bondad de éstas, y esperemos que en el siglo próximo su completo triunfo señale el paso más gigantesco dado por la humanidad en el camino de su adelanto.

LA DIRECCIÓN.
